

El bandido más joven le miraba con tristeza.

— Tú, le dijo el jefe que estaba sentado á la puerta, anda á tu puesto.

El joven, como obedeciendo á una orden habitual, subió la escalerilla desde la cual uno de los bandidos había visto llegar á los compañeros; apoyó los codos en la peña, puso la cara entre las dos manos y se quedó inmóvil.

— Fuera el uniforme, repitieron los dos bandidos levantando á un tiempo la mano.

— Dadle una bofetada que le deje señalados los dedos en la cara, gritó el jefe.

El preso se estremeció como si le hubiesen pinchado una herida, y luego bajó la cabeza en actitud de resignación y se quitó el uniforme. Los dos ladrones lo cogieron; registraron los bolsillos, las mangas, todo, y luego lo arrojaron dentro de la cabaña. Uno de ellos registró también los bolsillos de los pantalones del preso, y dijo al jefe: «¡Nada!»

— Peor para él, contestó éste. Atadlo al hierro.

Los dos malhechores ataron al guardia con las manos á la espalda á un fuerte gancho clavado en uno de los palos de la cabaña.

El infeliz estaba pálido como un cadáver y daba diente con diente como si tuviera la calentura.

Los tres ladrones sacaron de los nichos algunos víveres, se sentaron en tres piedras y se pusieron á comer, hablando á intervalos y con frases cortadas, como suele hacerse cuando se piensa más en lo que se come que en lo que se dice.

— ¿Has sabido las noticias de Casalvecchio?

— ¿El negocio de D. Alejo?

— Sí; doscientos ducados de secuestro.

— ¿Pagados?

— Pagados.

— ¡Qué ganga!

— Y trescientos ducados al alcalde.



Los dos malhechores ataron al guardia con las manos á la espalda á un fuerte gancho

— No han sido exigentes, porque entre él y su hermano tienen muchas tierras.

— Pero lo mejor ha sido lo de Biccari; seis caballos, cinco fusiles, mil ducados y ocho sacos de queso, de un solo golpe.

Y al decir esto tiró una corteza de naranja al preso, diciéndole: «Toma.»

— He oído decir que ha habido sarracina en Cerignola, repuso otro.

— Sí, entre la partida de Salvador Codipietro y los piemonteses. Los cogieron de improviso. Ha sido un espionaje del alcalde. Siete presos.

— ¿El jefe también?

— No.

— ¿Fusilados?

El ladrón hizo un ademán afirmativo.

— ¡Madonna!, exclamó el otro, y volviéndose al guardia añadió: ¿Has oído, eh? Os pagaremos en la misma moneda; tenlo por seguro. Ha de llegar día en que en cada árbol del campo se han de ver colgadas las tripas de un piemontés. Y si no, al tiempo.

Y apuró un vaso de vino.

— Mira, dijo otro señalando al guardia; está pensando.

— ¿En qué piensas?, le preguntó el jefe atusándose el bigote.

— ¿En la mamita?

— ¿Dónde la has dejado?

Y los tres se volvieron a mirarlo.

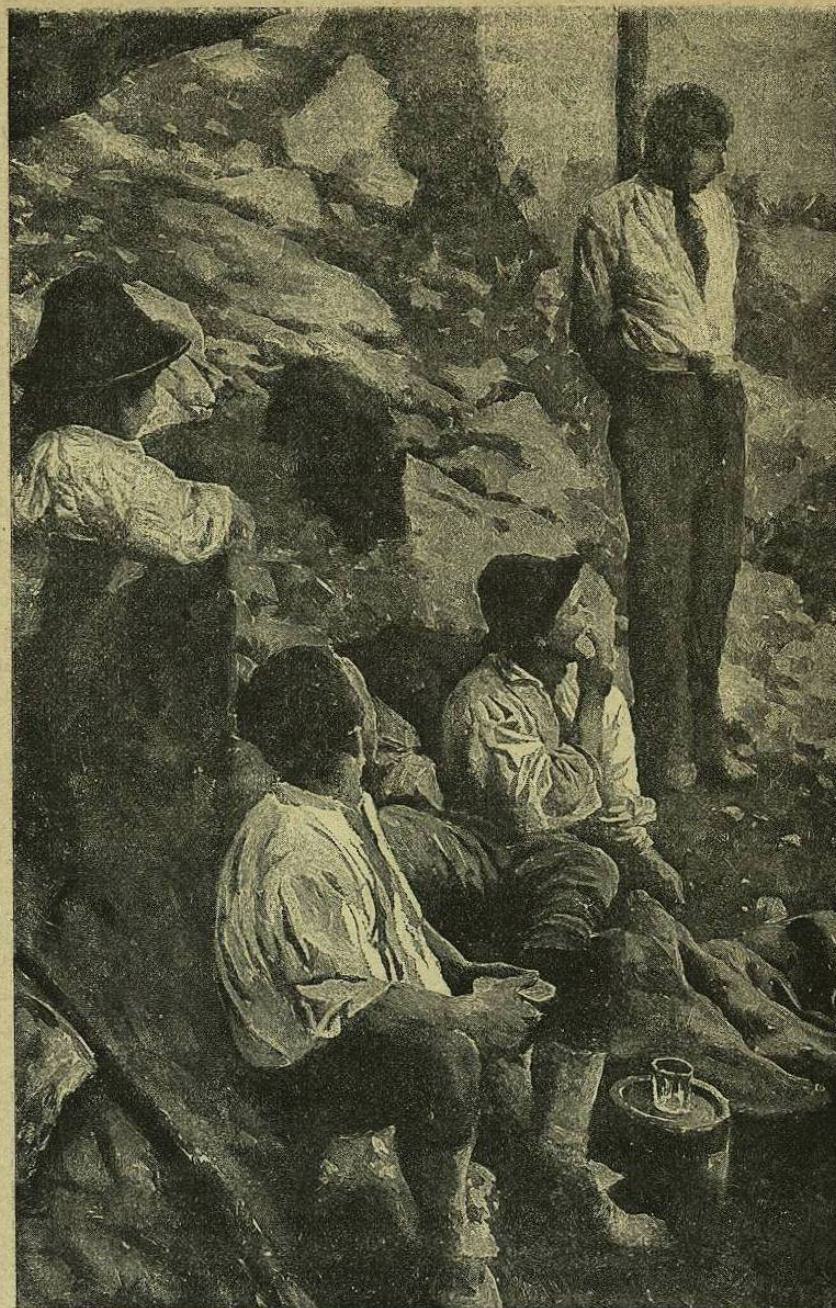
El pobre joven cerró los ojos, pasó así un rato, los volvió a abrir grandes y húmedos, y miró a lo lejos, más allá de los montes.

Los tres bandidos se echaron a reír.

— Lo mejor es que no habla, observó otro. ¿Por qué será? ¿Por soberbia?

— No, por modestia, contestó el tercero con risa burlona.

— Por miedo, replicó el jefe.



Y los tres se volvieron a mirarlo

El preso meneó la cabeza como para decir que no.

— ¡Ah! ¿No?, exclamó el bandido levantándose; ahora lo veremos. Y añadió, dirigiéndose á sus dos compañeros: Éste iba á llevar alguna orden para hacernos caer en la trampa. Hemos perdido ya mucho tiempo. Hagámosle vomitar.

— Sí, que vomite, dijeron los otros dos levantándose.

El guardia alzó la cabeza como queriendo significar: «Estoy preparado.»

Los tres bandidos se le pusieron delante.

Quien hubiese observado en aquel momento al joven que estaba de centinela, le habría visto temblar como la hoja en el árbol, y volverse atrás, para que no le sorprendieran con el rostro pálido de terror. Pero el jefe lo notó y le indicó con un ademán imperioso que cumpliera con su deber, y entonces él tomó la postura de antes.

— Conque di, repuso el bandolero dirigiéndose al guardia con acento que no admitía dilaciones, ¿de dónde venías?

El preso arrugó el entrecejo, fijó en el ladrón una mirada profunda que revelaba una voluntad más resuelta que la suya, y no contestó.

El bandido, sin decir más, le descargó tan violento puñetazo debajo de la barba, que se oyó un crujido como si le hubiese desencajado los dientes.

— ¿Contestarás ahora?

El guardia bajó la cabeza, dejó correr la sangre de que tenía llena la boca, y luego, volviendo á mirar al bandido con expresión de imperturbable arrogancia, indicó que no.

El bandido se mordió los labios, cambió con sus compañeros una sonrisa forzada, y después, con mucha calma, se metió la mano en el bolsillo, sacó una navaja, la abrió, desabrochó la camisa al preso, y le puso la punta de la hoja debajo de la

garganta. La víctima hizo un movimiento convulsivo como si le hubiese penetrado ya el arma. «Ningún miedo,» dijo el ladrón, é hizo correr la navaja desde el cuello hasta la cintura, lenta y levemente, como hubiera hecho en una mesa para trazar una línea. En el pecho del infeliz apareció una larga raya encarnada, semejante al corte hecho con una navaja de afeitar, que desapareció en seguida bajo las gotas de sangre que brotaron de ella; gotas que fueron resbalando como lágrimas por dentro y fuera de la ropa hasta caer al suelo.

— ¡Ah, ah!, gritó con voz bestial el jefe; ¿empiezas á enterarte?

— Mira cómo corre, dijo otro.

El ladrón joven se tapó la cara con las manos.

— ¿Hablarás ahora?, preguntó el jefe.

El guardia miró cómo chorreaba la sangre, luego levantó la cabeza, miró al ladrón, y con la misma expresión que antes hizo un ademán negativo.

Los tres malhechores se miraron más bien con estupor que con ira.

— Pero ¿quieres morir, imbécil?, gritó de pronto el jefe, acercando su cara á la del carabinero casi hasta tocarla y agitando una mano abierta junto á su mejilla. ¿No ves que estás aquí, en nuestro poder, y que te podemos despanzurrar como á un perro? ¿Qué esperas? ¿Que te vengan á libertar? Di algo. Haznos oír tu voz. Pronuncia al menos una palabra.

El preso siguió callado.

Uno de los ladrones, lleno de rabia, esgrimió la navaja; pero el jefe le sujetó el brazo, diciendo: «¡La navaja no!» y cogió un fusil. «Esto es lo que ha de probar;» y levantando el arma del suelo, se la dejó caer con tanta fuerza en los pies que crujieron los huesos; el infeliz lanzó un agudo lamento y con-



Soy capaz de darte de puñaladas hasta mañana sin quitarte la vida...

trajo todo el cuerpo como atacado de epilepsia. Pero casi al mismo tiempo, sacando fuerza del dolor, golpeó el suelo con el pie lastimado, levantó la cabeza y gritó con un rugido: «¡No!»

Los tres bandidos lo cogieron por el cuello, y se disponían á arrancarle los ojos, cuando el joven que estaba de centinela, cobrando audacia del terror que no podía vencer, gritó con voz y cara de loco: «¡Matadlo de una vez, por Dios! ¡Pegadle un tiro en la cabeza! ¿De qué sirve hacerle padecer tanto?»

Los tres malhechores, sorprendidos de su osadía más que de sus palabras, se volvieron á mirarlo con estupor; pero este estupor fué breve. El jefe se lanzó sobre el joven temerario, y le asestó un puñetazo en la nuca que le hizo dar de bruces contra la peña. El joven, aturdido, volvió á ocupar su anterior posición; mas al echar una mirada por la ladera del monte abajo, hizo un ligero movimiento de sorpresa, avanzó más el cuerpo y se quedó inmóvil con la mirada fija. El jefe de la cuadrilla no lo notó y volvió junto á su víctima. Estaba lívido, rechinaba los dientes y temblaba; sus mismos compañeros lo miraban con zozobra. Puso una de sus gruesas manos sobre la cabeza del guardia, alzó la otra con el índice levantado en ademán de amenaza, y mirándole de soslayo con los ojos inyectados de sangre, murmuró con voz iracunda:

— Oye... En mal hora se te ha ocurrido la idea de mostrarte testarudo conmigo... Aún no sabes quién soy... He hecho que se les erizasen los cabellos á hombres que tenían más hígado que tú... No tienes idea de lo que soy capaz de hacerte sufrir... Soy capaz de darte de puñaladas hasta mañana sin quitarte la vida..., de reducirte á no tener ya figura de hombre..., de sacarte los ojos... Sabes lo que les ha sucedido á los otros..., no me pongas en el mismo caso...; di lo que debes decir antes que se me suba la sangre á la cabeza...

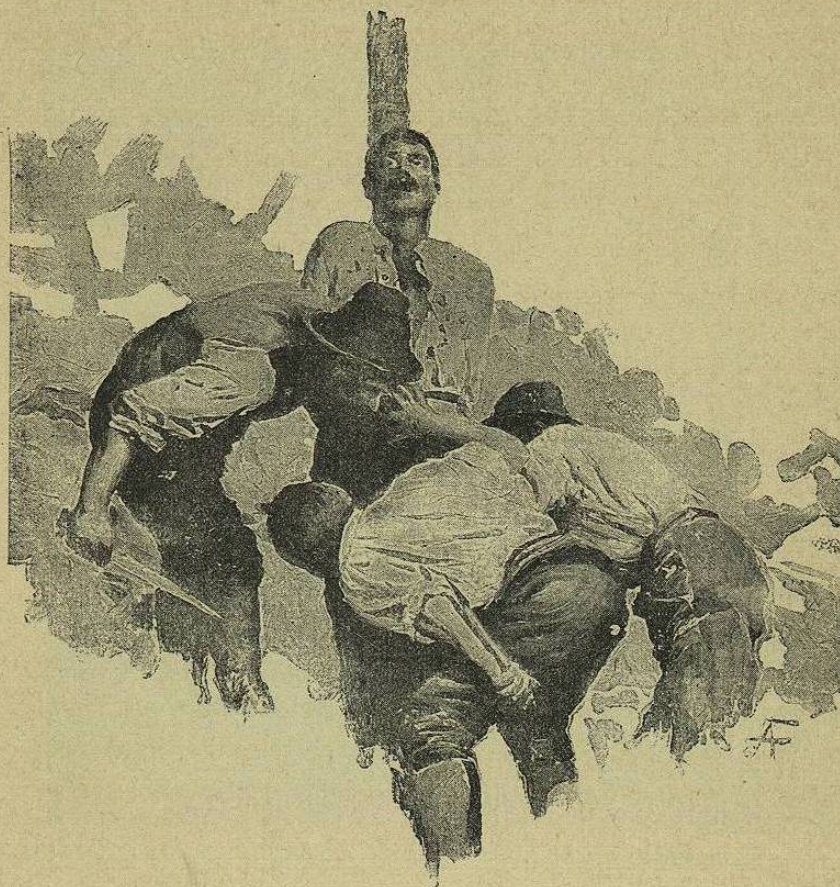
Al decir las últimas palabras, le quitó la mano de la cabeza, la miró y vió que la tenía llena de cabellos. Despechado, se los arrojó á la cara, dejándose los pegados á la boca. El guardia, para quitárselos, escupió. Los bandidos, tomándolo á desprecio, no se contuvieron ya. Los tres lanzaron un grito de rabia, y bajando la cabeza, torciendo los ojos, se le echaron encima como tres fieras, y empezaron á torturarlo á porfía y silenciosos con la punta de las navajas, con las uñas, con los dientes, con las rodillas y con los pies; uno ú otro descansaba un momento para respirar, y se decían: «Despacio,» para advertirse mutuamente que no se le matara; y pateaban, pinchaban y mordían, y caían al suelo gotas de sangre, jirones de camisa, mechones de cabellos; y no se oía más que la respiración jadeante de los tres verdugos, y el ruido de las navajas al tropezarse, y el sollozo seco de la víctima; estaban ciegos, ebrios, fuera de sí; no parecían ya tres hombres, sino un solo monstruo de tres cuerpos ferozmente encarnizado con un hombre; presentaban un conjunto horrible de demencia, bajeza y crueldad.

— ¡No lo matéis todavía!, volvió á decir el joven con grande afán, volviéndose y revolviéndose rápidamente, ora hacia los bandidos, ora hacia el campo, y levantando progresivamente la voz como si así quisiera disimular un rumor que se acercaba. ¡No lo matéis aún! Esperad. ¡Lo dirá todo! Si lo matéis, no sabréis nada. Probad todavía. Ha hecho seña de que quiere hablar. Después lo mataréis. Yo mismo le daré una puñalada en el corazón si no se la dais vosotros. Dejad descansar los puñales y pegadle solamente con las manos. ¿No veis que se muere?

Sin dejar de gritar lanzó una mirada fuera, cerca, al pie del parapeto; luego saltó en medio del recinto, y mudando de

pronto de expresión y de voz, gritó con acento de profundo desprecio:

— ¡Ah, infames! ¡Tres contra un moribundo!



Y bajando la cabeza, torciendo los ojos, se le echaron encima como tres fieras

— ¡Maldición!, exclamó el jefe precipitándose sobre él con la navaja levantada.

— ¡Ya es tarde!, respondió el joven con inexplicable júbilo, y señalando la puerta añadió: ¡Mira!

En el mismo momento, los otros dos facinerosos, avisados

por las palabras del joven, se apresuraron á echar una capa sobre la víctima, y mientras el jefe cogía el fusil para salir al encuentro del enemigo misterioso que avanzaba, resonó un estrépito de armas, pasos y voces, relucieron bayonetas y fusiles delante de la puerta, en las peñas, en lo alto del cerro, y penetró una partida de guardias civiles que en un abrir y cerrar de ojos rodeó, sujetó, desarmó y derribó á cuantos encontró en el recinto. Siguiéronse algunos momentos de silencio, durante los cuales no se oyó otra cosa más que la respiración afanosa de los guardias jadeantes.

— ¡Socorred al moribundo!, gritó de pronto el ladrón joven, que estaba arrodillado como los otros, con las manos apoyadas en el suelo, bajo la bayoneta de un guardia.

— ¿Qué moribundo?, preguntó el capitán adelantándose.

— Allí, en ese rincón.

Todos se volvieron á mirar, pero nadie descubría nada.

— Debajo de la capa, repitió el ladrón.

El capitán, seguido de todas las miradas, se acercó á la cabaña, tiró de la capa y la arrojó al suelo. Á la vista de tan horrendo espectáculo resonó un grito general de horror. El infeliz preso, arrodillado, con los brazos retorcidos y atados á la espalda, la cabeza caída sobre el pecho, estaba lívido y tan lleno de heridas y de sangre, que parecía desollado.

— Desatadlo en seguida, mandó el capitán á los guardias. ¡Dadle de beber!

Tres guardias corrieron á desatarlo, lo sentaron y empezaron á reconocer las heridas; los otros, ciegos de furor, se pusieron á dar de culatazos á los bandidos.

— ¡Abajo las armas!, gritó el capitán, y volviéndose al ladrón joven le dijo: Habla tú.

El guardia que lo sujetaba le permitió levantarse.

— ¿Cuándo han cogido preso á este hombre?, preguntó el capitán; di la verdad antes de morir.

— Ese hombre, contestó el joven, temblando aún de horror y de espanto, ese guardia... lo han cogido esta mañana..., le



¡Ah, infames! ¡Tres contra un moribundo!

han traído aquí..., lo han atado..., querían que hablase..., él se negaba..., no ha hablado..., se le han echado encima... y he visto... ¡Oh Dios mío, Dios mío!

— Pero tú, ¿quién eres?, preguntó el capitán quitándole el sombrero.

Todos se volvieron y exclamaron:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO